

Editorial

Dimensión ética de las instituciones académicas

Pensar en la dimensión ética de las instituciones académicas, es hacerlo desde su propia naturaleza estructural. Esto quiere decir que es desde su propio accionar que tratamos de enrumbar su camino hacia la formación ética de sus estudiantes. Y precisamente una de las mejores formas de lograrlo es cimentando las semillas del buen vivir, en los contextos de los que se nutren las instituciones académicas universitarias: la cultura de valores.

Preguntarnos por esa cultura en los medios académicos venezolanos de hoy, es una dura prueba para alcanzar una descripción apropiada de nuestros procesos educativos, y por supuesto, constituye al mismo tiempo una mejor explicación de cuanto acontece. Así que si queremos encontrar las *sendas perdidas* en este tupido bosque de concreto y metal en el que se han transformado las ciudades modernas, habremos de pasar por las entrepuestas y por los resquicios que van quedando tras la estela de destrucción de la civilidad por la que atravesamos en estos aciagos momentos de la República en general y de la Universidad en particular.

La educación ha sido y será siempre el soporte de todo proyecto civilizador, por ello hacer esfuerzos por ceñir nuestros pasos a los caminos de certeza que implica una educación en valores, se constituye en una esperanza pero también en un proyecto real. La cuestión está entonces en cómo establecer las estrategias que empujen a la sociedad por esos caminos impregnados de valores en el contexto educativo. Si consideramos que la educación en valores es un problema de familia, nos queda entonces concluir que la familia ha perdido el norte de su propio proyecto de vida si consideramos también que de lo que se trata es de intentar una vida provechosa. Evidentemente, la familia en Latinoamérica ha perdido el norte, por lo que la sociedad ha resultado un proyecto fallido en los últimos tiempos en muchos de los lugares de Nuestra América.

Así que, de lo que se trata, es de hacer esfuerzos por restablecer las sendas perdidas que alguna vez pudimos andar, con las certezas que ello implica; entre otras, considerar la educación como modelo de esperanza

y como estandarte de la modernidad siempre soñada por la sociedad, esa misma que ha sido golpeada con los mazos de la ignorancia, por mor de políticas públicas fallidas, las más de las veces con atribución de sus fracasos a agentes externos: nos hemos pasado la vida republicana haciendo intentos por educar a la sociedad en un proyecto de modernidad, que luego es destruido por nuestros propios pasos.

Es hora, entonces, de hacer un giro en nuestro rumbo como proyecto educativo y como proyecto de vida; pero ese giro ha de comenzar por hacer de la educación un proyecto ético, pues como se piensa desde los clásicos griegos y desde nuestras propias raíces ancestrales americanas, la educación ha de servir al ser humano y en consecuencia a las madre tierra que le cobija y le da sus frutos. Si lo hacemos así, enderezando el rumbo perdido, podremos encontrar los caminos de certeza que nos lleven a la perpetuación de la vida. Un proyecto educativo como proyecto ético, ha de ser el norte de toda búsqueda democrática de futuro para la vida. Es allí donde debemos macar nuestros linderos y limitaciones, para poder ir agrandando las fronteras del conocimiento y las certezas de la vida social.

Dr. José Vicente Villalobos Antúnez
Editor Jefe